

¡DIOS, QUÉ BUEN VASALLO! – SUBORDINACIÓN DEL CID DESDE LA PERSPECTIVA BÍBLICA

Stijepo Stjepović¹
UNIVERSIDAD DE ZADAR

Resumen: El Cantar del mío Cid pertenece a la cima de la literatura medieval española y mundial. Esta obra maestra épica, además de grandes temas y acontecimientos históricos, también habla de manera extraordinaria del carácter humano, de las virtudes y defectos humanos, destacando el carácter del personaje principal, el Cid, pero también el de sus compañeros, como ejemplo de correcto comportamiento en condiciones de injusticia, opresión y exilio. El texto está profundamente imbuido de una cosmovisión cristiana que se manifiesta en la aceptación paciente de la adversidad impuesta y la fe en la victoria final de la justicia y la verdad.

Palabras clave: literatura medieval, Cid, Biblia, subordinación.

Abstract: The poem of the Cid belongs to the pinnacle of Spanish and world medieval literature. This epic masterpiece, in addition to great themes and historical events, also speaks in an extraordinary way about human character, human virtues and defects, highlighting the character of the protagonist, the Cid, but also that of his companions, as an example of correct behavior in conditions of injustice, oppression and exile. The text is deeply imbued with a Christian worldview that manifests itself in patient acceptance of imposed adversity and faith in the final victory of justice and truth.

Key words: medieval literature, Cid, Bible, subordination.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

1. LA INJUSTICIA COMO MOTIVO BÍBLICO Y ÉPICO

Si en una narración que llegue a los oídos de los oyentes, sin un imaginario colectivo en el que la verdad y la justicia, y luego la ayuda de Dios del lado de los más débiles, contra un opresor injusto, no es posible animar a la gente a resistir. La poesía épica es una herramienta cohesiva extremadamente poderosa de la era premoderna que puede fomentar la creación de una mentalidad de lucha y resistencia. La narración vívida, rica en imágenes de lucha y heroísmo, incita a los oyentes a prestar atención y crea en ellos una experiencia de euforia. Mientras el narrador, ya sea un trovador de Europa occidental o un violinista del sudeste europeo, presenta su narrativa a los espectadores, en su imaginación se alternan escenas que despiertan el

¹ Es licenciado en Filología Románica, doctorado en estudios medievales y es profesor adjunto en la Universidad de Zadar.

deseo de identificarse con el héroe que no se detiene ante nada y defiende los ideales de todo el mundo, comunidad a costa de su propia vida [MENÉNDEZ 1977: 56]. La idea de sacrificar a un individuo ha estado presente en la literatura épica desde la antigüedad, ya sea en las antiguas civilizaciones de Oriente o en las epopeyas griegas y romanas. Sin embargo, en el contexto de la Edad Media, el mundo judeocristiano de la lucha y victoria de los débiles sobre los fuertes con la ayuda de Dios siempre está presente en la historia sobre la voluntad de sacrificarse en la batalla. Es la literatura bíblica la que resalta el heroísmo de los pocos y débiles en numerosos ejemplos en contraposición a la arrogancia y la insolencia de los muchos y fuertes. Hay muchos ejemplos del Antiguo Testamento, del éxodo de los israelitas de Egipto, donde el poderoso ejército del Faraón fue destruido, mientras que los pobres y desdichados esclavos de ayer fueron milagrosamente liberados de sus opresores bajo la protección de Dios. Al entrar a la tierra prometida ante el pueblo elegido, Dios destruye los poderosos muros de Jericó, y los israelitas derrotan a los fuertes y numerosos pueblos indígenas. De la nación como héroe colectivo, poco a poco, a través de los personajes de los jueces, y especialmente de Gedeón, llegamos a ejemplos individualizados en los que la fuerza de los débiles se muestra frente a la arbitrariedad de los fuertes. Sin embargo, lo más destacado de esta secuencia del Antiguo Testamento es la figura del joven David en duelo con el gigante filisteo Goliat. David simboliza la humildad y la inocencia, pero también la entrega total y el celo extraordinario en la lucha por defender el nombre de Dios y la nación de Israel. Mientras los endurecidos guerreros e incluso el rey Saúl guardan un silencio lastimero ante los insultos del retador filisteo, David está listo para entrar en combate, armado con una honda y una piedra, después de haberse quitado previamente su enorme armadura de batalla, provocando el ridículo de la multitud. Frente a él está el altivo y moralista retador Goliat, que representa a un tirano que confía en su propia fuerza física y poder momentáneo para aplastar y pisotear a todos los que se interponen en su camino. Los líderes de la resistencia cristiana al dominio musulmán ciertamente podrían

compararse con David y su determinación y celo. En el simbolismo bíblico aplicado, la Edad Media española fue un paso más allá, así Beato de Liébana en la segunda mitad del siglo VIII, en sus *Comentarios al Apocalipsis*, comparó el Califato con la Babilonia del Apocalipsis [GALMÉS 1978: 32]. La corona de la creación épica de la literatura española es el Cantar del Cid, en el que los temas de traición, injusticia y persecución que sufre el personaje principal a nivel individual, se extrapola también al ámbito colectivo, al grupo de sus compañeros, temas que ocupan un lugar especial [MARTÍNEZ 1999: 101-110].

En el momento de salir de Burgos el Cid está acompañado por solo sesenta hombres. Unirse al Cid y seguirle en su viaje supuso sufrir el mismo castigo que le sobrevino, si no peor. La gente, temiendo las represalias del rey, le cierra las puertas. Solo una niña de nueve años se detiene frente a ellos y les transmite la noticia de la terrible amenaza del rey a los potenciales ayudantes de Cid, que, además de la confiscación de la casa y la propiedad, también incluye arrancarles los ojos, por lo que el Cid decide pasar la noche al aire libre fuera de la ciudad. Sin embargo, no pasará mucho tiempo hasta que el Cid reúna una compañía que esté lista para seguirlo en sus esfuerzos. Es decir, la alta nobleza, que conspira contra el Cid, vive en la seguridad de las mercedes feudales basadas en la herencia. Por el contrario, los nobles menores como el Cid se ven obligados a probar suerte en la guerra y saquear a lo largo de la frontera. Esto acerca al Cid al pueblo llano, que lo ve como su ayudante y protector, además de como una persona que no basa su riqueza en los méritos ajenos, sino en los propios. Por un lado, la traición, hipocresía y mentira de la nobleza y la corte, y por otro, la bondad y lealtad de los compañeros del Cid, los más importantes de los cuales son Martín Antolínez y Álvar Fañez, siempre de la mano del Cid en todas sus empresas.

2. EL VASALLAJE: DAVID Y CID

En varios lugares, el texto enfatiza claramente la inocencia y honestidad del Cid, así como el hecho de que la injusticia que le sucede lo afecta en lo más profundo de su alma. Ya al comienzo de la obra, en el primer verso, el Cid llora al salir de su casa vacía, y luego, en la primera breve declaración, se dirige a Dios, agradeciéndole y quejándose de que sus enemigos le devolvieron mal por bien [CATALÁN 2001: 84]. Es fácil ver que el Cid es una figura cercana al rey David del Antiguo Testamento, por lo que sus declaraciones son en muchos lugares muy similares a las atribuidas a los salmos de David. Hay dos caminos ante el hombre, el bien y el mal, la verdad y la mentira, uno conduce a la salvación y el otro a la destrucción, y cada individuo tiene la oportunidad de elegir y decidir cuál de estos dos caminos seguir. Los pecados mencionados en los salmos suelen ser la ingratitud hacia un benefactor, la traición de un amigo, el incumplimiento de una palabra determinada, mentiras, intrigas y bromas. Según las palabras del salmo, es bienaventurado el hombre que no sigue los caminos de los pecadores, no escucha sus consejos y no participa en sus discusiones y deliberaciones. Son precisamente esas deliberaciones secretas y acuerdos hechos insidiosamente y en secreto los que están dirigidos contra los justos, a quienes quieren erradicar violentamente de entre ellos. Los ataques a menudo provienen de personas muy cercanas y de confidentes de ayer que deberían mostrar gratitud a los benefactores, pero que corresponden exactamente con la actitud contraria. Después de amigos que se convirtieron en enemigos, aparece una figura clave en la nueva escala de violencia, que adquiere una dimensión institucionalizada: el rey. Da legitimidad a las animosidades personales de los envidiosos, de modo que una discusión que debería permanecer en un nivel limitado de repente se convierte en un asunto público. Después de que el hombre justo, como en muchos otros ejemplos bíblicos, es condenado sin un proceso verdadero y justo, se convierte en presa. Se convierte en enemigo del rey, del pueblo y del Estado y, por tanto, en una persona

que puede ser destituida sin temor a castigo, es más, con recompensa de las autoridades estatales. En toda esta serie de acontecimientos, el rey se muestra en realidad débil, como una persona sin carácter ni actitud sólida que puede ser empujada en una dirección para caer como una avalancha sobre un individuo a quien un determinado grupo social odia [CRISTÓBAL 2018: 251]. El rey Saúl persigue a David por envidia, a pesar de la inocencia de David y de sus méritos al defender el reino de los enemigos. Al Cid le pasa lo mismo en la medida en que aquellos ciudadanos de Burgos que se solidarizan con la injusticia que le está sucediendo al Cid dicen: *¡Dios, qué buen vasallo, si oviesse buen señore!* David y el Cid son vasallos leales que siempre mostraron obediencia a su señor. De ahí su superioridad moral respecto al rey, pero aun así nunca se elevan por encima del señor, nunca incitan a la rebelión o a la violencia contra él, dejando que se haga justicia sin su intervención. Incluso después de cruzar la frontera, el Cid continúa enviando al rey Alfonso la parte prescrita del botín, reconociendo su supremacía, diciéndole así que todavía es considerado su vasallo y que las acusaciones en su contra son injustas e infundadas [CATALÁN 2002: 85]. Volverá cuando la verdad salga a la luz y se haga justicia. David hizo lo mismo. Durante las persecuciones de Saúl, tuvo dos oportunidades de sorprender al rey desprevenido en la batalla y quitarle la vida, pero no lo hizo. La fidelidad de David y su forma de evitar de la venganza, incluso en momentos en que su vida estaba amenazada y cuando tal acto podría haberlo liberado de mayor persecución y peligro, causa a Saúl episodios ocasionales de remordimiento, durante los cuales desiste por un tiempo de seguir persiguiendo a David.

También es interesante notar que los espíritus malignos incitan a Saúl a la violencia hacia David, mientras que Alfonso habla de personas malvadas, pero si este fenómeno se observa a nivel espiritual, se puede concluir que existe una similitud entre ambos modelos. El texto bíblico, así como *el Cantar del Cid*, se topan con el problema de un mal gobernante, cuyas acciones deben ser comprendidas y explicadas y, si es necesario, amortizadas, ya que causa escándalo en sujetos bien

intencionados. Según la solución más sencilla, estamos hablando de un gobernante que no es capaz de tomar decisiones a sangre fría y basándose en su propio juicio, sino que es vacilante y depende del estado de ánimo actual provocado por influencias externas. En tal caso, no hay nadie a quien culpar porque el gobernante temporalmente no puede tomar decisiones. Saúl incluso ocasionalmente está poseído, por lo que todo lo que cometió en tal estado no puede ser tomado como su culpa porque no era plenamente consciente ni tampoco era capaz de gobernar con libre albedrío. No hay culpa incluso entre los súbditos que desobedecieron las órdenes dadas por el gobernante en tal estado, porque son inválidas o inofensivas. Pero si se entiende por rey a una persona que voluntariamente decidió hacer el mal y entregarse a la ira, la envidia y el deseo de venganza, entonces esto causa un gran dolor de cabeza a los pensadores medievales a nivel teórico, y más aún a los súbditos que tuvieron que encontrar una solución para salir de este lío. En cualquier caso, esto significará cuestionar la autoridad del rey, y seguir tal pensamiento podría abrir espacio para cuestionar los poderes que tiene la monarquía en la esfera terrenal, que, en una sociedad medieval donde todo lo terrenal está conectado con el otro mundo [RIQUER 1995: 33]. También podría reflejarse en la comprensión del papel que tiene el gobernante como alguien que gobierna por la gracia de Dios y que es un reflejo de la autoridad de Dios en la tierra. Para resolver esta difícil cuestión de la obediencia a un gobernante legítimo, aunque injusto, pero también para preservar intactas la idea y la institución de la monarquía, se recurre a varias soluciones. En el peor de los casos, el rey debe ser derrocado, y si ataca la vida de sus súbditos, estos tienen derecho a tomar represalias y, en la necesaria defensa de la vida individual, pero también de la comunidad social, incluso matar al tirano. Tomás de Aquino y Juan de Salisbury permiten este enfoque, pero también creen que en casos más leves de injusticia no se deben utilizar soluciones tan radicales, sino que la injusticia debe soportarse con paciencia. Por este motivo, este último distingue la figura del gobernante como un reflejo de Dios y su falible voluntad personal, David, que no quiere quitar la vida a

Saúl, quien le persigue. Del mismo modo, el Cid desterrado, que sigue enviando el tributo prescrito al rey, va un paso más allá, no resistiendo a la injusticia ni siquiera cuando su propia vida está en peligro. David señala repetidamente que no quiere levantar la mano contra el ungido del Señor y que dejará en manos de Dios administrar justicia, y el Cid actúa según el mismo modelo.

3. PATER FAMILIAS ÉPICO

Además del paralelismo que existe entre el personaje de un gobernante ingrato y un súbdito fiel y ejemplar, existe otro vínculo, aunque algo más débil, entre *el Cantar del Cid* y el David del Antiguo Testamento. Es decir, a diferencia del mal, la traición, el fraude y la mentira, que se manifestaron en la relación entre el rey y el protagonista, la bondad, la lealtad, el autosacrificio y muchas otras virtudes se nos revelan en la relación entre el protagonista y su mejor amigo y compañero. En el texto bíblico son David y Jonatan, y en el *Cantar del Cid* son Cid y Álvaro Fañez, conocido con el sobrenombre de Minaya. El Cid y Álvaro Fañez parecen estar relacionados, aunque el texto oscila al llamar a Fañez unas veces sobrino y, otras, primo. Sin embargo, es posible que sea una forma medieval de abordar las relaciones vasallas en las que gobernantes y nobles suelen llamarse entre sí parientes y apellidos dependiendo del grado de conexión mutua o del nivel en el que se encuentre alguien, por lo que están en un nivel superior. Llaman hijos a los súbditos, y ellos los llaman padres, mientras que los nobles del mismo nivel se llaman entre sí hermanos o, si son más lejanos, primos. Por supuesto, este sistema de nombres no es siempre y exclusivamente simbólico, ya que las dinastías reales y las familias nobles están relacionadas entre sí de modo que, condicionalmente, pueden considerarse una gran tribu paneuropea. En ese caso, dirigirse a Álvaro Fañez como a un sobrino podría entenderse como una relación con una persona cercana, aunque ligeramente subordinada. Realmente, Álvaro

Fañez representa al Cid más que un simple guerrero en su séquito, y se puede decir que es el más importante en el círculo de sus compañeros más cercanos, a quienes también en ocasiones se dirigen como sobrinos; Álvar Álvarez, Félez Muñoz y Pero Vermúez, así como Martín Antolínez. Álvar Fañez es la mano derecha del Cid, quien comparte con él todas las desgracias que lo acompañan en sus viajes, así como la persona con quien mantiene conversaciones confidenciales. Su papel en este sentido es crucial porque en las circunstancias del exilio el Cid se ve privado de la amistad, del amor y de la intimidad de su esposa Jimena, por lo que necesita una persona en quien confiar para crear un diálogo en el que sus oyentes o lectores puedan entender sus pensamientos. Así, descubre lo que se esconde en lo más profundo del alma del Cid, especialmente en los momentos de tristeza y soledad. Con este papel en la obra se acerca mucho más al significado que el texto bíblico atribuye a la relación de David con Jonatán, especialmente durante el exilio de David. En ambos casos, el amigo del personaje principal asume el papel de mediador ante el rey, es decir, una persona que garantiza la integridad de un amigo que está en desgracia con el gobernante. En varias ocasiones, Jonatán justifica a David delante de Saúl, intentando convertir su ira y malicia en calma y cariño, al mismo tiempo que informa a David de los peligros que le acechan, incluso advirtiéndole con señales secretas del peligro inminente para su familia y su vida. El Cid, a pesar de su cercanía, cariño y conexión con su círculo más cercano de seguidores, aún no llega a tal nivel de amistad donde ambos individuos estarían al mismo nivel. Sus colaboradores más cercanos se encuentran siempre en una posición ligeramente subordinada y ven al Cid más como una figura paterna que como una figura amiga. La lealtad y el amor también se observan a un nivel inferior, entre los guerreros que se encuentran fuera del círculo íntimo del Cid. A sus ojos, es mucho más que un líder militar ordinario que se embarca en una campaña militar para su propio beneficio, un rico botín o un servicio a un gobernante. También en este caso el Cid se convierte en el *pater familias*, el progenitor de la familia agnaticia que no nace por parentesco

consanguíneo sino por adopción por parte del padre [CALVO 1995: 72]. En circunstancias duras y crueles, encuentran protección, cuidado y refugio en el Cid, tanto a nivel material como ideológico y espiritual. Ya sean los amigos más cercanos del Cid cuya lealtad es inquebrantable y quienes lo acompañarían en cada problema y peligro que le sucediera, o si son personas desconocidas para él que se unieron a él por otras razones como insatisfacción política o indigencia, los guerreros del Cid toman a su líder como modelo moral y protector en tiempos de necesidad. Así como el Cid se convierte en el padre de esta familia recién creada que nació por necesidad, así los miembros del grupo se convierten en cierto modo en hermanos que casualmente estuvieron juntos por elección propia o por la fuerza de las circunstancias [MARTÍNEZ 2007: 109]. El paralelismo con la figura de David en el Antiguo Testamento es inevitable en este caso, pues el rechazo y la expulsión del gobernante también lo convierten en el líder de los desafectos que, cada vez más, se le unen. En estas ocasiones el texto no recurre a circunloquios, sino que llama vagabundos a los seguidores de David, lo que en realidad está a un paso de llamarlos bandoleros o incluso salteadores. Tanto el Cid como David lideran una sociedad variada que incluye miembros de casi todas las clases, desde la baja nobleza hasta los pobres y los desamparados. Sin embargo, su objetivo no es el derrocamiento del rey y del orden sociopolítico existente, sino principalmente la mera supervivencia. Aparte de la minoría que sigue a su líder por idealismo o lealtad, arriesgando y perdiendo su posición social y sus propiedades, la mayoría de los seguidores pueden caracterizarse como forajidos o bandidos que siguen a su jefe. Esta gran parte del grupo, que proviene de los estratos sociales más bajos, está formada por descontentos que no tienen nada que perder materialmente. Lo único que tienen es su propia vida, que en circunstancias de violencia fronteriza e inestabilidad política interna no vale mucho para ellos, por lo que se atreven a arriesgarla sin dudar mucho. Sus métodos de guerra pueden, en términos modernos, describirse como guerrilla. Conscientes de su pequeño número y de su pobre equipamiento en comparación con el

ejército del gobernante o los ejércitos de países extranjeros, evitan confrontaciones directas y tratan de sobrevivir escondiéndose o participando en ataques más pequeños de naturaleza limitada.

4. EL CID Y LAS VIRTUDES EN LA FILOSOFÍA PREMODERNA

La era premoderna abunda en textos literarios que pretenden presentar modelos a seguir en la búsqueda y consecución de virtudes. Los filósofos antiguos presentan diversas formas en que una persona puede dominarse a sí misma y alcanzar la perfección, mientras que los escritores de la Edad Media, el Renacimiento y el Barroco, siguiendo sus modelos antiguos, utilizan textos para enseñar a los jóvenes herederos al trono, futuros gobernantes, como medio favorito de presentar enseñanzas sobre las virtudes. Por un lado, nos topamos con obras filosóficas como el tratado renacentista *Reloj de príncipes*, mientras que, por otro, en la literatura se dan ejemplos de conductas correctas e incorrectas, de vida viciosa e inocente, como se desprende de la transformación experimentada por el príncipe Segismundo en la obra de teatro barroco *La vida es sueño*. De manera algo similar, el ascenso y apogeo de la filosofía escolástica medieval coincide con la afirmación de la epopeya guerrera [KOHUT 2014: 37]. A principios del milenio, a través de la filosofía escolástica se construyó un complejo sistema de pensamiento que se esfuerza por penetrar en los secretos del más allá y, al mismo tiempo, responder de manera integral a numerosas preguntas mundanas.

Lo que a nivel abstracto se piensa sobre las virtudes cardinales a través de la filosofía se realiza en la literatura a través del personaje del Cid. Ciertamente, es una persona en quien la razón gobierna la voluntad y la voluntad gobierna las pasiones. La razón, que en la tríada del alma está en lo más alto de la jerarquía, y a la que corresponde la virtud de la prudencia, sostiene firmemente las riendas en las manos del Cid, como en el ejemplo de Platón con el carro, de modo que toma sus decisiones con la cabeza fría, sopesando cuidadosamente lo que hará en cada

momento. Esto de ninguna manera significa que el Cid sea frío e insensible, pues tiene momentos de sensibilidad en los que, por ejemplo, llora al despedirse de su esposa e hijas y abraza a sus amigos. Su prudencia reside precisamente en encontrar el punto medio entre el cálculo a sangre fría y la erupción emocional. La voluntad, que debe estar sujeta a la razón, corresponde a la virtud de la justicia y, según la visión escolástica, justicia significa dar a cada uno lo que le pertenece o lo que merece. Y mientras la razón utiliza conceptos abstractos y toma decisiones en el ámbito de lo ideal, la voluntad ya está en un nivel inferior y en el ámbito de lo concreto.

Cuando se trata del propio Cid, como objeto de trato justo o injusto, cabe señalar que este cree en la victoria de la justicia sobre la injusticia, incluso en momentos en que parece inútil e inalcanzable [MARTÍNEZ 2001]. Precisamente por esta fe sufre todas las injusticias que le infligen, la más significativa de las cuales es el destierro con el que comienza el texto. Sin duda, la representación más significativa de la justicia en el texto es la asamblea que el rey convoca al final y donde se ve a los violentos y cobardes nobles de la familia Carrión que se comportaron violentamente con las hijas del Cid, dejándolas maltrechas en medio del bosque, condenados. Tal procedimiento judicial al final del texto tiene un carácter ritual y sirve para establecer la confianza en el sistema que el rey violó con sus acciones injustas, pero también con su inacción. Finalmente, en lo que respecta a las pasiones mismas que, como los caballos, mueven el carro imaginario de Platón, se puede decir que el Cid las mantiene firmemente bajo control. Aunque no eligió tal estado, el Cid se encontró en el papel de un monje guerrero errante. La renuncia a la intimidad con Jimena o a la pobreza que le acompaña en sus andanzas no es ni mucho menos lo que quería, porque entonces sería una historia sobre el Cid monje, eremita o ermitaño. Sin embargo, lo que hace que el Cid sea virtuoso en este sentido es el hecho de que estaba preparado para afrontar acontecimientos extremadamente desagradables y dolorosos. Según Tomás de Aquino, las virtudes no se adquieren de la noche a la mañana, sino mediante una práctica de larga duración que

construye el carácter, de lo que se puede concluir claramente que el Cid es una persona que, de una forma u otra, practicaba limitar los placeres físicos, es decir, la moderación. Al final, la fuerza, que como virtud corresponde a las pasiones que son función de los mecanismos de defensa, se manifiesta en el coraje de la lucha, pero también en evitar el conflicto con el rey, frente a cuyas acciones injustas siempre muestra moderación y paciencia. La fuerza de Cid alcanza su punto máximo después de la violencia contra sus hijas cuando, en lugar de una venganza apresurada, decide esperar una justicia más difícil ante la corte del rey. De los ejemplos mencionados, es evidente que las cuatro virtudes fundamentales están interrelacionadas porque la acción correcta de Cid en un caso deriva en un buen resultado, lo que sirve como motivación para las acciones del protagonista. Las virtudes, por lo tanto, se pueden interpretar como las estaciones, pues tienen una forma cíclica. Aunque la situación fue provocada por la acción injusta de una causa externa, con su primera respuesta correcta al mal y la injusticia, el Cid pareció canalizar esa energía a su favor. Después de que la rueda ha girado una vez, aunque sea con mala intención, todo poco a poco se vuelve bueno en una relación cíclica de virtudes que se apoyan y fortalecen mutuamente. El discernimiento dirige al Cid a aceptar un exilio injusto, y para poder tomar tal decisión le ayuda una fuerza que no le permite reaccionar con ira o venganza.

BIBLIOGRAFÍA

- CALVO MARTÍNEZ, José Luis, “Épica y mito”, *Florentia iliberritana: Revista de estudios de antigüedad clásica* 6 (1995), pp. 61-87.
- CATALÁN, Diego, *El Cid en la historia y sus inventores*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2002.
- CATALÁN, Diego, *La épica española: nueva documentación y nueva evaluación*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 2001.
- CRISTÓBAL LÓPEZ, Vicente, “De la épica grecolatina a la épica culta española”, en *Visiones y aspectos puntuales de la épica grecorromana*, Dulce Estefanía Álvarez [coord.], Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2018, 247-300.
- GALMÉS DE FUENTES, Álvaro, *Épica arabe y épica castellana*, Barcelona: Ariel, 1978.
- GONZÁLEZ, Aurelio, “Los sentimientos del Cid”, *Olivar: revista de literatura y cultura españolas* 10 (2007), pp. 107-118.
- KOHUT, Karl, “La teoría de la épica en el Renacimiento y el Barroco hispanos y la épica india”, *Nueva revista de filología hispánica* 62 (2014), pp. 33-66.
- MARTÍNEZ DÍAZ, Gonzalo, “El Cid y la historia”, en *El Cid: del hombre a la leyenda*, Juan Carlos Elorza Guinea [dir.], María Pilar Alonso Abad / Marta Negro Cobo / René Jesús Payo Hernanz [coords.], Valladolid: Junta de Castilla y León: 2007, pp. 43-49.
- MARTÍNEZ DÍAZ, Gonzalo, *El Cid histórico*, Barcelona: Planeta, 2001.
- MARTÍNEZ PASTOR, Marcelo, “Épica latina y épica vernácula”, en *Actas [del] II Congreso Hispánico de Latín Medieval: (León, 11-14 de noviembre de 1997)*, Maurilio Pérez González [coord.], vol. 1, 1999, pp. 101-110.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *España, eslabón entre la cristiandad y el Islam*, Madrid: Espasa-Calpe, 1977.
- RIQUER, Isabel, “La épica medieval”, en *Lecciones de Literatura Universal siglos XII a XX*, Jordi Llovet et alii, Gerona: Càtedra, 1995, pp. 21-40.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA